

Juan o Santiago, lo eligió porque le amaba y porque... necesitaba de él:

- de sus manos... para seguir bendiciendo,
- de sus labios... para seguir hablando,
- de su cuerpo... para seguir sufriendo;
- de su corazón... para seguir amando,
- de todo él... para seguir salvando a los hombres.

S. Juan de Avila, patrón del clero diocesano español dijo cosas sublimes sobre el sacerdocio, igual que el Santo Cura de Ars podía decir a sus patrocinados los párrocos de todo el mundo:

“Mirémonos, padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hechos semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trajo a Dios a su vientre, y semejables al portal de Belén y pesebre donde fue reclinado, y a la cruz donde murió, y al sepulcro donde fue sepultado. Y todas estas son cosas santas, por haberlas Cristo tocado; y de lejanas tierras van a ver, y derraman de devoción muchas lágrimas, y mudan sus vidas movidos por la gran santidad de aquellos lugares. ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, inefable, como no vino en los otros lugares? Y el sacerdote le trae con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros lugares, sacando la Virgen. Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad.

Esto, padres, es ser sacerdotes: que amansen a

Dios cuando estuviere, ¡ay!, enojado con su pueblo; que tengan experiencia que Dios oye sus oraciones y les da lo que piden, y tengan tanta familiaridad con él; que tengan virtudes más que de hombres y pongan admiración a los que los vieren: hombres celestiales o ángeles terrenales; si pudiera ser, mejor que ellos, pues tienen oficio más alto que ellos.”

* * *

¿Qué es el sacerdocio? ¿Qué es ser sacerdote? No es nada fácil dar contestaciones en pocas líneas a estas dos preguntas.

El Concilio Vaticano II y los últimos Pontífices igual que los santos Padres y otros mil autores de todos los tiempos han escrito páginas muy bellas sobre el sacerdocio y sobre los hombres que han sido llamados a ejercerlo.

Habría por lo menos que recordar las encíclicas: “Aerent ánimo”, de San Pío X; “Ad catholici sacerdotii”, de Pío XI; “Menti nostrae”, de Pío XII.

Muchas alocuciones de Pablo VI y la carta dirigida a todos los sacerdotes por el actual Pontífice Juan Pablo II el Jueves Santo del pasado año —1979— y del actual —1980—. En todas ellas se señalan los caminos para una digna vivencia y una merecida estima de don tan excelso.

El papa Juan XXIII el 1.8.1959 publicó una magnífica Encíclica “Sacerdotii nostri primor-

dia” para celebrar el Primer Centenario de la santa muerte del Cura de Ars.

Ella merecía que la fuéramos recordando a lo largo de esta biografía que por no alargar más las páginas recomendamos su provechosa lectura en *Eclesia* número 944 (15.8.1959) 5-13.

Nos vamos a limitar a traer unos testimonios de nuestros días que queremos aplicar a nuestro Santo Cura de Ars y a todos los sacerdotes de hoy:

Ha escrito Jean Guitton, el primer auditor seglar del Vaticano II:

“Sí. Tengo miedo de que estos sacerdotes de mañana, dentro de su noble deseo de asemejarse a nosotros, sus hermanos laicos, caigan en la tentación, para acercarse más a nosotros, de invadir nuestro terreno propio.

Tengo miedo de que lamenten no ser como nosotros, personas con su oficio, especialistas, profesionales, técnicos, políticos, sindicalistas, obreros, jefes, células del organismo social, forjadores de la historia, padres de familia.

Tengo miedo de que pierdan el tiempo, se fatiguen y se inquieten por querer hablar nuestro lenguaje especial y nuestro mismo argot, por querer adoptar nuestros métodos y nuestras actitudes, nuestra vida trepidante, nuestras angustias de hombres comprometidos en las tareas políticas: en una palabra, nuestro estilo de vida laical y moderna.

Temo, además, que deseen convertirse en lo que son para nosotros los directores laicos de concien-

cia: psiquiatras, terapeutas, sociólogos, psicoanalistas, psicólogos, maestros de las ciencias humanas.

En estos terrenos, nosotros los laicos seremos más entendidos que ellos con una dedicación total.

Los sacerdotes serán nuestros guías si permanecen dentro de su propio terreno, que es inaccesible y necesario.

Al escuchar a mis jóvenes amigos sacerdotes, temo que no aprecien bastante la dignidad de su estado, que abriguen una especie de arrepentimiento inconsciente de no haber escogido el camino más ancho, más fácil, más abierto, más cálido, más solidario del apostolado laical.

Pero nosotros os pedimos, ante todo y sobre todo, que nos deis a Dios, especialmente por medio de esos poderes que sólo vosotros tenéis: absolver y consagrar.

Os pedimos que seáis los hombres de Dios como los profetas, los portadores de la palabra intemporal, los distribuidores del pan de vida. Los representantes del Eterno entre nosotros, los embajadores del Absoluto. Nosotros estamos dentro de lo relativo. Tenemos necesidad de ver en vosotros al Absoluto que nos envuelve.”

* * *

El Padre Vianney tuvo siempre un claro concepto de su vocación sacerdotal. Bien podemos hacer suyas las expresiones que Mons. Ricardo Durán, S. J., Arzobispo de Cuzco (Perú), escribía

al conmemorar en 1973 sus bodas de Plata sacerdotales:

“... Ya el ser cristiano es un ideal limpio y luminoso. Sin disminuir ese ideal, el sacerdocio es optar por una unión más profunda con Cristo. El sacerdocio es el servicio como profesión. Es dar y darlo todo, aquí en el presente; pero con una proyección trascendente y eterna. Es el tener como trabajo en la vida, servir a los hermanos, adorando a Dios: divinizar lo humano, eternizar lo temporal, sobrenaturalizar lo natural. Pero, notémoslo bien, sin disminuir lo humano, sin huir de lo temporal, sin tener en menos lo natural. Eso mismo que es humano, temporal y natural, eso mismo se diviniza, eterniza y sobrenaturaliza. Es verdad, debemos recordarlo, todo lo da Cristo a todos los cristianos; pero el sacerdocio hace de ello su ministerio, su profesión, su trabajo, en una palabra: su vida. Y siento que hay plenitud en esta vida...”

* * *

El Santo Cura de Ars exhortaba a sus feligreses y a los peregrinos a rogar por las vocaciones sacerdotales y recordamos igual que lo hacía Pablo VI que tantas páginas dedicó a este tema:

—“Deseamos que recéis por los sacerdotes, por su santidad, por su fidelidad, por su exclusiva y total dedicación a vuestro servicio. El Pueblo de Dios debe tener en sus sacerdotes, pastores y maes-

tros, servidores y animadores santos, todos para él y todos de Cristo; que no sean ajenos a los fieles, a las necesidades, a los sufrimientos del pueblo, ni se dejen llevar por las formas profanas y por los intereses mundanos.

Rezad por los sacerdotes y ayudadles a ser verdaderos ministros de Dios y verdaderos ministros vuestros”.

Juan Pablo II nos regaló en el Jueves Santo de 1979 una preciosa carta sobre el sacerdocio que tanto hubiera hecho gozar su lectura al santo Cura de Ars. En ella decía:

—“El sacerdocio ha sido colocado en el centro mismo del misterio de Cristo, el cual abraza constantemente a la humanidad y al mundo, la creación visible y la invisible. Actúa, en efecto, “in persona Christi”, particularmente cuando celebra la Eucaristía; mediante su ministerio, Cristo continúa desarrollando en el mundo su obra salvadora. Con razón, por tanto, todo sacerdote puede exclamar con el apóstol Pablo: “Que todos nos consideren como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios (1 Cor 4,1)”.

* * *

En Salzburg se ha hallado un precioso manuscrito medieval que señala en vibrantes rasgos “Cómo debe ser el sacerdote”.

Su anónimo autor bien podía haberse inspirado

para componerlo si hubiera conocido la vida del Santo Vianney.

“El Sacerdote debe ser:

- Muy grave y a la vez muy pequeño,
- de espíritu noble como si llevara sangre real y sencillo como un labriego,
- héroe, por haber triunfado de sí mismo, y hombre que llegó a luchar contra Dios,
- fuente inagotable de santidad y pecador a quien Dios perdonó,
- señor de sus propios deseos y servidor de los débiles y vacilantes,
- uno que jamás se doblegó ante los poderosos y se inclina, no obstante, ante los más pequeños.
- dócil discípulo de su maestro y caudillo de valerosos combatientes,
- pordiosero de manos suplicantes y mensajero que distribuye oro a manos llenas,
- animoso soldado en el campo de batalla y madre tierna a la cabecera del enfermo,
- anciano por la prudencia de sus consejos y niño por su confianza en los demás.
- alguien que aspira siempre a lo más alto y amante de lo más humilde.
- Hecho para la alegría,
- acostumbrado al sufrimiento,
- ajeno a la envidia,
- transparente en sus pensamientos,
- sincero en sus palabras,

- amigo de la paz,
- seguro de sí mismo.
- Completamente distinto de mí” —comenta humildemente el amanuense.

* * *

Así debe ser el sacerdote, pero... ¿cómo lo quiere la gente? En Ars no todos querían a su Cura, sobre todo al principio porque luchó con toda su alma contra la depravación y el vicio.

Pero poco a poco se los fue ganando a todos. A pesar de ello también a él le cuadran estos juicios tan dispares:

Una encuesta realizada en Patterson, EE.UU., de 255 sacerdotes consultados contestaron 115.

De ellos 79 respuestas fueron la del “Hombre de Dios”.

Muy cerca estuvo la de 74 veces: “Un hombre de oración”.

Luego 55 veces: “Capaz de construir una comunidad”.

Otras respuestas: “Persona amable”. “Buen confesor...”

* * *

Hay parroquias que tienen diez mil y más feligreses... y sólo un CURA. Es curioso: TODOS opinan sobre ese cura, más discutido que un penal...

Es el blanco de todas las miradas.

Es el blanco de todas las opiniones y juicios.

Es el blanco de todos los caprichos e imaginaciones.

Aunque no hay nada escrito sobre gustos... él es el blanco de todos los gustos.

Si es gordo, lo critican; si es flaco, también.

Si es viejo, lo quieren joven.

Si es joven, lo quieren de más edad y experiencia.

Si es alegre y chistoso, lo quieren serio.

Si es feo, no les agrada.

Si es "buen mozo", es una lástima.

Si es negro, lo quieren blanco.

Si es muy simpático, lo critican por eso.

Si es antipático, por eso lo critican.

Si fuma, es un vicioso.

Si no fuma, no es un hombre...

Si canta mal, sobra tema para los chapetones.

Si canta muy bien, es un vanidoso, sólo sabe cantar...

Si es suave, lo quieren de más carácter.

Si es tranquilo, lo quieren de más nervio.

Si es muy generoso, lo consideran manirroto.

Si es medido, lo tienen por avaro.

Si sale a la calle, lo critican porque nunca está en la Iglesia.

Si no sale, lo critican porque es un solitario.

Si va con los pobres, se quejan los ricos.

Si va con los ricos, se quejan y lo desprecian los pobres.

Si trata a los hombres, se quejan las mujeres.

Si trata con mujeres, es objeto de la maldicencia de los hombres.

Si da preferencia a los niños, hablan mal los mayores.

Si toca algún instrumento de música, es un disipado y liberal.

Si va a ver un partido de fútbol... ¡horror!

Si nunca va a un deporte, es un anticuado y anti-deportista.

Y usted... ¿cómo lo quiere?

* * *

- Bien podríamos apellidar a estas **“las penas de un cura”**:
- Si predica más de diez minutos, ¡no acaba nunca!
- Si habla de contemplar a Dios, está en las nubes.
- Si aborda problemas sociales, hace política.
- Si se hace obrero, se ve que no tiene otra cosa que hacer.
- Si se queda en la parroquia, vive apartado de la vida real.
- Si casa y bautiza a todo el mundo, esta “liquidando” los sacramentos.
- Si se muestra más exigente, quiere una Iglesia de “puros”.
- Si se queda en la casa parroquial, no cumple

con su deber.

- Si va a visitar a sus feligreses, nunca se le encuentra en caso de necesidad.
- Si no es organizador, la parroquia duerme.
- Si se afana por renovar su iglesia, todo lo pone patas arriba.
- Si colabora con el consejo parroquial, se deja manejar por un grupo de presión.
- Si quiere dirigir él solo, se cree que está en la Edad Media.
- Si es joven, le falta experiencia.
- Si es mayor, ¡que se jubile...!
- Y si se muere... ¡es insustituible!

* * *

El sacerdote de hoy y de mañana tendrá que ser un hombre de Dios un hombre para los hombres, sus hermanos.

El santo Obispo D. Manuel González daba este **“programa de vida”** a sus sacerdotes, que tan escrupulosamente cumplió toda su vida el Santo Cura de Ars:

“Madre Inmaculada, presenta al Corazón de nuestro Jesús estos encargos y propósitos de hoy:

- Mi principal ocupación: Mi Misa.
- Mi más afectuosa conversación: Mi oficio y meditación.
- La huella que deje: Paz y olor de Cristo.
- Mi consejero: El Espíritu Santo.

- Mi amigo y modelo: El Corazón de Jesús Sacramentado.
- Mi refugio: María Inmaculada.
- Mi estilo: El de los mejores sacerdotes.
- Mi carrera: La apostólica.
- Mi vida toda: Vivir mi Misa a gloria de Dios y servicio gratuito de mi Madre la Iglesia.
- Mi nombre: Jesús por María,

Madre Inmaculada, que, como tú partiste de la tierra para llegar a lo más alto del Cielo, tu nuevo Jesús parta de aquí y cada día suba más.”

* * *

Quizá el P. Juan María no conocía esta oración pero sí que es cierto que rezaba mucho, mucho.

—El sacerdote deberá rezar con frecuencia esta oración propia de almas generosas:

“Señor, quiero ser generoso contigo.

Yo sé que necesitas ayuda
para implantar el Reino.

Aquí, estoy, Señor, si te sirvo:

para consolar a las almas afligidas,

para animar a los jóvenes en sus luchas,

para predicar tu palabra de vida,

para perdonar en tu nombre los pecados,

para defender la justicia,

para apoyar la verdad con sangre,

para renovar cada día tu sacrificio de la cruz,

para dar a comer tu cuerpo,

para evangelizar a los pobres,
para llevar y transformar el mundo,
para ser sal de la tierra,
para dar, si es preciso, la sangre por tu nombre,
para seguirte donde quiera que vayas,
para ser sacerdote para siempre,
Jesucristo, humildemente te pido
poder trabajar a tu servicio,
seguirte siempre, dejadas todas las cosas.
Amén.

* * *

Mucho le costó arribar al sacerdocio a nuestro protagonista pero bien podemos afirmar que había nacido para serlo y que hoy no concebimos a **Juan Bta. Vianney** separado del **Sto. Cura de Ars**. Parece que uno estaba hecho para el otro.

Nos parece como si el Santo Cura de Ars nos describiera su propia autobiografía en estas dos páginas que alguien ha escrito sobre el sacerdocio de hoy y de siempre:

Con qué claridad puedo ver ahora que, cuando más patentes se han hecho mis limitaciones humanas, “tanto más ha sobreabundado la gracia divina” (Rom 5,20).

Nunca fue fácil ni cómodo ser sacerdote. Siempre la palabra de Dios se convirtió en dolorosísima y suavísima exigencia... Pasó el tiempo en que la figura del sacerdocio era venerada, su palabra indis

cutida, su autoridad plenamente aceptada.

Hoy el sacerdote se ha convertido "en signo de contradicción". Más que nunca es el hombre crucificado.

Es la cruz de no ver claro. La cruz de la búsqueda de nuevas formas pastorales. La cruz de no ser comprendido en nuestras exigencias y aceptado en nuestras limitaciones. La cruz de no saber comprender plenamente a los demás.

La cruz de no entender del todo el lenguaje de las generaciones nuevas. La cruz de la impotencia. La cruz de tener que despojarnos de un pensamiento que nos parecía infalible, desprendernos de actitudes que nos resultaban seguras, abandonar métodos que ya habíamos asimilado. La cruz de tener que estar siempre disponibles para escuchar, para aprender, para empezar de nuevo todos los días.

Los signos de los tiempos actuales colocan al sacerdote en un mundo que como anota el Concilio cambia profundamente y aceleradamente (*Gaudium et Spes*, 4); un mundo que aviva la conciencia de los valores, no sólo de la esclavitud económica, política y social y de todas injusticias en que se debate, hastiado ya del exceso de las comodidades, del refinamiento en el placer, del progreso indefinido; un mundo que continuamente plantea a la Iglesia interrogantes y aspiraciones nuevas. Un mundo que ha descubierto la injusticia, pero que en el empeño de remediarla se deja arrastrar por la

tentación de la violencia.

Este es el mundo en que el sacerdote ha sido puesto como “testigo de la verdad divina” (Is 55,4; Act 1,8). Y en el que según la expresión de Tertuliano (Praescr. haer. 32; PL 2,53). “debe conservar la semilla apostólica”, y “ejercer el ministerio de la comunidad, presidir en nombre de Dios la grey, desempeñar el oficio de maestro de la doctrina, sacerdote del culto sagrado y ministro de gobierno” (Lumen gentium 20).

Ante tan poderosa tarea, y que debe desarrollarse en un medio tan difícil, sabe Dios cuántas veces hemos experimentado los sacerdotes, la realidad de la predicción de Cristo: “En el mundo tendréis grandes tribulaciones” (Jn 16,33) y la desazón que acosaba a San Pablo cuando escribía: “Tengo que hacerme débil con los débiles, para ganar a los débiles” (1 Cor. 9,22); “nosotros somos reputados como necios por amor de Cristo, pues para mí tengo que Dios a nosotros los evangelizadores nos trata como a los últimos, como a condenados a muerte, haciéndonos servir de espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres” (Cor 4,9—10).

Así vivirá Vianney toda su vida el sacerdocio hasta morir clavado en él.

¡Qué bien hizo Pío XI al declararlo PATRON DE TODOS LOS PARROCOS DEL MUNDO!

* * *



Confesionario y objetos personales

6.—MUERTE AL “CADAVER”

En la actual economía de la gracia el sacrificio o sufrimiento es de todo punto necesario. Y esto por doble motivo: para reparar el pecado y para la santificación del alma. “Falta algo a la pasión de Cristo”, dice San Pablo (Col 1,24). Y eso es lo que el hombre debe padecer y sufrir. Por otra parte la santificación consiste en incorporarnos a Cristo del modo más perfecto. Vivir su misma vida. El se lanzó al sufrimiento y hasta a la misma cruz, luego nosotros debemos seguir sus huellas.

Nunca nos podremos gloriarnos de poseer a Cristo si no es en la cruz. San Juan de la Cruz llega a decir que no se debe seguir la doctrina de la anchura y alivio “aunque sea confirmada con milagros”.

Muchos y muy valiosos son los beneficios que alcanza el alma que vive con alegría abrazada a la cruz.

Quizá en lo que más hubo de mortificarse fue en dominarse su propio carácter.

Era de temperamento nervioso y naturalmente

quería que todo fuera hecho rápido y según su criterio.

Por ello son interesantes y aleccionadores estos hechos más aún que sus mismas palabras.

El canónigo Comelet depuso de él:

“La vivacidad de sus maneras y el fuego de sus miradas traicionaban un temperamento naturalmente ardiente. Yo le decía que, para llegar a esta paciencia que nos edificaba tan profundamente, habría tenido que esforzarse mucho.

—“Sí, amigo, sí. Sólo Dios sabe lo que me ha costado.

—Pero, señor cura, ¿no ha cedido usted nunca a la tentación de dar señales de impaciencia?

— ¡Oh, sí! Un día empujé esta mesa con más violencia que de costumbre”.

Y el hermano Jerónimo, que era el sacristán:

—“En medio de la multitud que lo apretujaba y molestaba de todas formas no daba muestra alguna de impaciencia. Testigo de esto, alguien le dijo un día:

—“Nos impacientamos por usted; debería enfadarse un poco.

—Hace treinta años que soy cura de Ars. Ya es demasiado tarde” —replicó.

* * *

A su cuerpo lo llamaba “su cadáver”. Y de veras que lo trataba como si ya lo fuera.

Sus flagelaciones, el suplicio permanente que se infligía llevando cilicios y cadenas de hierro, tienen incluso para la imaginación algo de difícilmente soportable.

Nada tan impresionante, entre los objetos expuestos en las tablas de los pobres estantes de su casa, como la colección de sus instrumentos de penitencia. ¿Cómo un cuerpo humano, dotado de una sensibilidad normal, podía, sin desfallecer, permanecer oprimido en esos estuches torturantes?

En los primeros años, sobre todo, de su vida en Ars, maceraba bárbaramente su pobre cuerpo. Lo hacía para convertir a Ars de sus pecados. Ya anciano alguien le recordará estos años y dirá con humor: "Aquello eran las locuras de mi juventud."

Juana María Chanay, que con Catalina Lassagne arreglaba la casa del Cura, tenía ocasión de hacer impresionantes descubrimientos y de él depuso:

"Con frecuencia veíamos sus instrumentos de penitencia y, sobre todo, su disciplina. Consistía en tres cadenas de hierro, al final de las cuales había atadas ora placas del mismo metal, ora pequeñas llaves. Observé que no duraba mucho y por la habitación recogí sus restos esparcidos. Frecuentemente encontraba ensangrentada su ropa interior. Era evidente que se disciplinaba con la mano derecha, porque había mucha más sangre en el lugar de las prendas que correspondían al hombro izquierdo. Creo que de vez en cuando se hacía heridas muy profundas, porque con la sangre encontraba huellas

de supuración”.

Y a la misma Catalina Lassagne dijo en cierta ocasión:

—“Por la mañana me veo obligado a darme dos o tres disciplinazos para hacer andar mi cadáver. Esto despierta las fibras. ¿No ha visto nunca domadores de osos? ¿No sabe usted cómo domestican a esos malos animales? Pues dándoles grandes bastonazos. Así es como se doma nuestro cadáver y se domestica al viejo Adán”.

El mismo en algunas ocasiones declaró:

—“Tengo un buen cadáver. Soy duro. Al cabo de dos horas de sueño, o bien después de haber tomado algo, puedo volver a empezar. Cuando se ha dado algo a un buen caballo, camina y reanuda su obra como si nada. Y un buen caballo casi nunca se acuesta”.

“Se me atribuye un gran mérito por levantarme temprano, y no lo tengo —decía al hermano Atanasio—. Paso tan mal la noche, que no tengo ni media hora de buen sueño. Me consumo en la cama, y cuando quiero descansar un poco, me levanto y me apoyo contra ese mueble. Entonces sufro menos”.

* * *

Además de macerar su cuerpo con terribles penitencias mortificaba también su gusto y su estómago con desabridos y escasos manjares. Tenemos muchos testimonios que nos lo confirman.

Según la expresión de un buen feligrés, Guillermo Villier:

—“Comía solamente para subsistir”.

O, como decía el labrador Andrés Benito Tréve:

—“Vivía con lo que hubiese hecho morir a otro”.

—“Tomaba tan poco alimento, que sufría mucho de hambre”.

—“Hay para mí dos horas terribles al día —decía—, las siete de la mañana y las siete de la tarde”.

Varias veces se vio obligado a levantarse en plena noche para tomar algo. Confesó haber intentado no hacer más que una comida cada dos días, pero no pudo habituarse a ello.

—“Lo más que hice —dijo un día que se le habló sobre esto— es haber pasado una semana con tres comidas”.

Durante todo el año no tomaba nada por la tarde.

—“Parece que uno se muere de hambre en este país” —observó con un tono muy cáustico al padre Vianney el penúltimo cura ecónomo de Ars, el padre Berger, de paso en la parroquia, en los tiempos de más duras mortificaciones de nuestro santo.

—“Señor —respondió el hombre de Dios—, cuando se trabaja para el cielo uno no se muere de hambre”.

* * *

Muchos son los prodigios que obró en vida nues-

tro Santo Cura, pero no hay duda que el más impresionante de todos era el género de vida que llevaba en los largos años que duraron las famosas peregrinaciones: Más de 30 años. A todas luces era un prodigio del cielo que pudiera subsistir con aquel régimen de vida, con aquel rigurosísimo horario, con aquella escasa alimentación y con aquel exiguo descanso que concedía a su pobre "cadáver".

A pesar de su edad, su horario era este:

Levantarse a la una de la madrugada e ir a la iglesia a hacer oración.

Antes de la aurora, se inician las confesiones de las mujeres.

A las seis de la madrugada en verano y a las siete en invierno, celebración de la misa y acción de gracias.

Después queda un rato a disposición de los peregrinos.

A eso de las diez, reza una parte de su breviario y vuelve al confesionario.

Sale de él a las once para hacer la célebre explicación del catecismo, predicación sencillísima, pero llena de una unción tan penetrante que produce abundantes conversiones.

Al mediodía, toma su frugalísima comida, con frecuencia de pie, y sin dejar de atender a las personas que solicitan algo de él.

Al ir y al venir a la casa parroquial, pasa por entre la multitud, y ocasiones hay en que aquellos

metros tardan media hora en ser recorridos.

Rezadas las vísperas y las completas, vuelve al confesionario hasta la noche.

Hechas las oraciones de la tarde, se retira para terminar el Breviario.

Rezaba, leía alguna página de vidas de santos; se flagelaba.

Por último, se acostaba por breves horas.

Esta era la jornada del Cura de Ars.

¿Quién mantenía este cuerpo humano? La gracia de Dios y el celo por las almas.

El mismo dijo:

—“Si ya tuviese un pie en el cielo y me dijeran que volviera a la tierra para trabajar por la conversión de un pecador, con gusto volvería.

Y si para esto fuera necesario estar aquí hasta el fin del mundo, levantarse a media noche y sufrir lo que ahora sufro, aceptaría de todo corazón.”

¿Quién sería capaz de vivir así una semana? Sólo un prodigio sobrenatural podía permitir al Santo subsistir físicamente, mal alimentado, escaso de sueño, privado del aire y del sol, sometido a una tarea tan agotadora como es la del confesionario.

El P. Raymond, el auxiliar arisco, depuso de su párroco:

Lo que siempre me ha parecido milagroso, por encima de las fuerzas humanas, ha sido su género de vida. No se puede comprender, efectivamente, que un sacerdote tan enfermizo, con un régimen tan austero, haya podido pasarse la vida en cierto

modo en el confesionario durante más de treinta años. Mi salud, a Dios gracias, siempre fue buena, pero confieso sinceramente que me habría sido imposible soportar ese género de vida durante una semana.

Pasará semanas y hasta meses sin pisar otro trozo de calle que los pocos metros que separan la Iglesia de su mísera casa parroquial. Casi todo el día vivirá encerrado entre las maderas carcomidas de su confesionario sin ver el sol.

* * *

Amará tanto el sufrimiento que llegará a ser algo congénito en él.

No podrá vivir sin sufrir.

Solía decir que:

“Sufría de no sufrir bastante, y que había pedido al buen Dios no estar nunca sin sufrimiento.”

Si le era concedido algún descanso, se entristecía.

Cuenta la tendera Marta Miard:

“Un día que me lamentaba ante él de mis penas le oí llorar. Le pregunté por qué y le dije:

—Sin duda ha tenido usted penas estos días.

—Sí, hija mía. Hace tres días que no he sufrido, tres días perdidos.”

Cuando la prueba se dejaba sentir con intensidad, no solamente no se lamentaba, sino que se reía y bromeaba alegremente. Así, con respeto a sus tos, que lo fatigaba, decía:

—“Es lástima, esto me hace perder tiempo”.

A veces volvía de la iglesia cayéndose de inanición y veíase obligado a sentarse porque las piernas se le doblaban. Entonces estaba contento como un hombre que acaba de realizar una gran hazaña. Reía con una risa sana y franca; bromeaba, censuraba a su “cadáver”. Y a continuación le decía con una dulce ironía:

—“Vamos, mi buen Colón, en pie. ¡Aguántate!” —aludiendo a un borracho de este nombre que, cuando había bebido y no podía tenerse en pie, se apostaba a sí mismo para dar resistencia a sus piernas.

Los testigos habituales de la dolorosa vida del Cura de Ars no dejaban de sentir por él la más viva admiración. “No hay duda, de que este sacerdote ocupará un lugar en los anales de la santidad”, decían a coro.

Juan XXIII recordaba esta faceta de profunda vida ascética del Santo Cura en 1959:

“Persuadidos de que “la grandeza del sacerdote consiste en la imitación de Jesucristo”, los sacerdotes han de prestar mayor atención a aquel llamamiento del divino Maestro: “Si alguno quiere seguirme, renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame”. El Santo Cura de Ars, se cuenta, meditó con frecuencia en estas palabras de Nuestro Señor y se esforzó por practicarlas. Dios le hizo la gracia de permanecer heroicamente fiel a ellas, y su ejemplo todavía nos guía en la senda de la ascesis, donde

brilló con gran esplendor por su pobreza, su castidad y su obediencia.”

7.—HUMILDAD: VIRTUD SUBESTIMADA

El Señor nos dio maravillosos ejemplos de humildad y nos mandó que tratáramos de aprender de El esta virtud.

La humildad no es la principal de las virtudes, pero sí el fundamento de todas ellas. San Bernardo llega a afirmar que “la humildad es una virtud tan básica que sin ella todas las otras virtudes se destruyen, y con ella todas se adquieren, conservan y perfeccionan.”

Los Santos todos la amaron y, sobre todo, la vivieron de lleno. Pues, como dirá Santa María Magdalena de Pazzi:

“En el infierno hay muchas almas vírgenes, pero ninguna humilde”.

* * *

Fue la humildad una de las virtudes que más distinguieron al Santo Cura de Ars.

Andando el tiempo, su fama de santidad fue tan

grande, que le cortaban trozos de la sotana.

En cierta ocasión, le quitaron piadosamente una palmatoria. El, con la ingenuidad y poca perspicacia que le daba su humildad, decía:

—“Es curioso: yo creía convertido todo el mundo... y he aquí que me han robado”.

Los retratos, más o menos auténticos (nunca se dejó fotografiar), del Reverendo Vianney eran vendidos en las tiendas; lo cual le dolía mucho.

Al pasar él un día por delante de un escaparate en que estaba su retrato, preguntó el precio:

—“Cinco francos —le contestan.

— ¡Oh, no lo venderá usted nunca. El Cura de Ars no vale tanto!”

Solía decir:

—“La humildad es en las virtudes lo que la cadena en los rosarios: quitad la cadena y todos los granos caen; quitad la humildad, y todas las virtudes desaparecen”.

Sufría mucho al ver su retrato en las puertas de las casas del pueblo. Había acabado por acostumbrarse a ello como a tantos otros sufrimientos. Sin embargo, cuando efectuaba su paseo diario desde la casa parroquial a la iglesia, al pasar, por la casa de los misioneros bajaba la cabeza y no sabía adónde mirar; tenía el aspecto de un paciente. Si, por inadvertencia, veía uno de los retratos que tapizaban las paredes, se evadía de esta importuna visión con una amable salida:

—“ ¡Siempre este carnaval! ¡Ya veis cuán desgra-

ciado soy! Se me cuelga y se me vende. ¡Pobre cura de Ars!”

En cierta ocasión —cuenta el hermano Atanasio— se había moldeado una estatuilla que lo representaba de pie. Esta estatuilla se exponía en una tienda y se vendía a dieciocho francos. Durante mucho tiempo nadie la compró. El buen cura, que la había visto varias veces al pasar, un día preguntó a la vendedora:

—“¿A cuánto vende esto?

—A dieciocho francos, señor cura.

—No me sorprende que no pueda quitársela de encima. En todo lo que sea vender al cura de Ars a más de dos perras chicas, no conseguirá usted nada. Y aun así es demasiado”.

Una vez preguntó al ver uno de sus retratos:

—“¿Tengo de veras un aspecto tan bobalicon?”

También llegó a hacer esta observación:

—“Realmente soy yo, pero me parece que tengo los ojos más vivos.”

Como se ve, el Cura de Ars se burlaba con gusto de sí mismo. Los que lo conocieron declaran que, efectivamente, su físico no le favorecía nada. “Su rostro era pálido y anguloso, su cuerpo frágil, su estatura por debajo de la mediana, su caminar pesado, su aire tímido y embarazoso, sus maneras vulgares y sin elegancia; nada, en fin, en su persona, excepto el ascetismo de sus rasgos y el expresivo fulgor de su mirada, era capaz de llamar la atención”.

Al principio muchos de los visitantes manifestaban asombro. Algunos incluso decepción. Recuerdase la exclamación de aquella parisiense:

—“¿Con que sólo es esto el Cura de Ars”?

Y no se ha olvidado la réplica del santo, cuyo fino oído había percibido al vuelo la impertinente frase. Graciosamente le dijo:

—“La reina de Saba se engañó en más; usted, señora, se engañó en menos.”

* * *

Por humildad trataba de quitarse toda clase de importancia. Solía decir:

“Dios me ha concedido esta gran misericordia de no poner en mi nada sobre lo cual pueda apoyarme: ni talento, ni ciencia, ni sabiduría, ni fuerza, ni virtud.”

El recuerdo de las dificultades que tuvo en el curso de sus estudios, comenzados demasiado tarde con el cura de Ecully, el padre Balley, le hacía aparentar ante los hombres como un sacerdote totalmente desprovisto de medios. Bromeando, comparábase con Bordin, el tonto del pueblo.

—“Todavía él hace lo suyo —decía—, pero con los demás es bobo. Pienso que yo soy lo mismo con respeto a los demás curas. En las familias siempre hay un niño que tiene menos entendederas que los demás. En mi casa mis hermanos y hermanas eran más listos, yo era el más simple.”

Es cierto que no dio muestras de grandes elucubraciones filosóficas o teológicas pero las cosas de aquí abajo fueron las que le sirvieron de trampolín cuando, a la luz del Evangelio, quiso presentar las verdades más supremas. Pero de este modo subió a veces a grandes alturas, y a menudo su expresión revela un estilo que no es de nadie más.

Por otra parte, poseyó —y de una manera excepcional— esa lucidez, esa claridad de espíritu que permiten escrutar en un instante el misterio de las almas. Hubo en él una seguridad de juicio enteramente excepcional.

El obispo de Belly lo nombró canónigo pero nunca quiso vestir la muceta. Un misionero lo incomodaba sobre este particular.

—“Verá usted —le replicó—, yo soy más listo de lo que se supone. Se esperaba poder burlarse de mí viéndome llevarla, pero yo los he fastidiado.

—Sin embargo, señor cura, debería usted llevarla por consideración a su obispo. Usted ha sido el único a quien ha querido honrar. Después de usted no ha habido nadie más.

— ¡Oh! —replicó el cura—, esto es porque se equivocó la primera vez y no quiere engañarse de nuevo.”

* * *

Su buen humor que raramente lo perdía le hacía ser simpático y afable, fruto de su gran humildad..

Así lo retrataban los que le trataron más de

cerca:

“En él no había la menor ostentación, nada forzado, nada afectado, nada del hombre que quiere aparentar. Una sencillez infantil, una mezcla de abandono, ingenuidad, candor y gracia sencilla combinándose admirablemente con la finura de su tacto y la seguridad de su juicio, daba a su conversación y a toda su persona un encanto inexpressable.”

Naturalmente, procuraban hacerle hablar, arrancarle sus secretos. “Cuando queríamos saber alguna cosa concerniente a él y que era en elogio suyo—cuenta el hermano Anastasio—, había que ser muy hábil e, insensiblemente y sin que se diera cuenta, hacer que hablase. Pero, en cuanto se daba cuenta adónde lo llevábamos, se detenía súbitamente diciéndonos, si deseábamos continuar:

—“Basta ya. Ya he dicho demasiado.”

Los elogios de los peregrinos y los prodigios que obraba con ellos, con sus parroquianos, no le servían de engreimiento. Era esto lo que tanto impresionaba al P. Raymond que lo trató tan de cerca:

“Una de las cosas que más me han impresionado en el Cura de Ars es que pudiera resistir de una manera tan admirable a la embriaguez de los homenajes de que constantemente era objeto por parte de todo el mundo, sacerdotes y laicos. Hablaba con gusto de las obras llevadas a cabo por su mediación y comprendía perfectamente que era él a quien iban a buscar y ver en Ars, y no obstante

jamás sorprendía en su corazón un sentimiento de orgullo. Preocupado a este respecto y queriendo conocer el secreto de su humildad, le pregunté un día, de una manera general:

—“¿Cómo es posible, señor cura, ser humilde cuando se reciben homenajes, alabanzas y halagos?

Y él me respondió:

—Amigo mío, cuando los santos han llegado a cierto grado de perfección, son tan insensibles a los elogios como a las censuras.”

* * *

Humanamente hablando, Juan María Vianney parecía una triste figura. Viejo ya, decía riendo:

—“Creo que mi vocación hubiera sido ser pastor toda mi vida.”

Escribió el P. Raymond:

—“Un día que quisimos comprobar el número de años que había pasado en Ecully bajo el cuidado del padre Balley protestó vivamente contra la palabra “estudios” que nosotros habíamos utilizado.

—“Yo no hice estudios de ninguna clase —dijo—. El padre Balley intentó durante cinco o seis años hacerme aprender alguna cosa. Perdió la paciencia y nunca pudo meterme nada en la cabeza.”

El desánimo hizo que el joven Vianney dejara de pensar en el sacerdocio. Por fortuna su maestro, al hablarle de las almas que iba a dejar en el abandono, lo devolvió a su camino.

No daba importancia a los hechos milagrosos que el Señor hacía por su medio. Siempre los atribuía a Sta. Filomena. No podemos aquí referirnos a estos prodigios que llenarían muchas páginas, sobre todo aquellos que tienen relación con las persecuciones que a lo largo de toda su vida hubo de sufrir de parte del demonio.

Era tan humilde que no quería que se hablase del don de clarividencia sobrenatural que, en muchos casos, le permitía penetrar el secreto de las conciencias.

—“Hago como Caifás: he profetizado sin saberlo” —respondió al padre Toccanier, que se sorprendía de lo que había hecho conocer a una penitente ocasional.

O bien, a quien le preguntaba:

—“¿Cómo ha sabido usted esto?”

—No lo sé. Es una idea que me ha pasado por la cabeza. Soy un profeta de calendario.”

Ante el padre Raymond se había mostrado más desconcertante todavía: “Sí, de antemano, sabía a qué atenerse con respecto a ciertos peregrinos, era porque le había informado el eco de los chismes de la población...”



Sepultura del Santo

8.—LA REINA DE LAS VIRTUDES

No es otra que la caridad.

Es la más perfecta de todas (1 Cor 13,13).

Porque es la que más íntimamente nos une con Dios y la única de las tres que permanecerá eternamente en la Patria Celestial. Radica en la voluntad.

Es la virtud fundamental. Dios es amor y en el cielo sólo haremos amar.

De la fe y de la esperanza no tendremos necesidad. ¿En quién creeremos que no veamos? ¿Qué esperaremos que no poseamos?

Pero, eso sí, hemos de amar por toda la eternidad a nuestro buen Padre, a nuestro dulce Jesús, al Divino Espíritu, a nuestra Santísima Madre, a los Angeles y a los Santos.

El Padre Vianney luchó y trabajó toda su vida por conseguir que esta preciosa virtud reinase en su parroquia y en cada una de las almas que a él acudían.

* * *

Padre Juan María oraba y se mortificaba por las almas, por sus feligreses y los hombres de todo el mundo. Esta era su caridad más ardiente:

Cuando en 1799, a los trece años, en una casa con los postigos cerrados, junto a la cual vigilaban los campesinos, hizo su primera comunión, la idea del sacerdocio se había apoderado de él.

“Si algún día fuera sacerdote, quisiera ganar muchas almas para Dios”, —decía a sus familiares.

Pero en aquellos tiempos de persecución las circunstancias no podían favorecer su proyecto.

Su amor y generosidad para con los pobres se hizo proverbial.

Su amor por ellos era tan grande, que debió tomar contra sí mismo determinadas precauciones a fin de salvar el dinero de sus misas o de sus fundaciones. Durante algún tiempo lo dejó en depósito a una viuda de toda su confianza. Le decía:

—“Claudina, le confío este dinero. Guárdelo bien. Pero sobre todo defiéndalo del cura de Ars. Y si él se lo pide, niégueselo terminantemente”.

Cuando un pobre llamaba a su puerta, en lugar de darle una limosna por la ventana, bajaba para verlo, hablarle y añadir a la limosna material algunas buenas y animosas palabras. A veces lo invitaba a entrar en su casa, para prestar mejor ayuda.

Un día una señorita encontró a un pobre ante la puerta de la casa del cura y le dio limosna.

—“Tenga, por el señor cura, y váyase.

—No —respondió el pobre—, yo quiero esperar al

señor cura, porque cuando vengo me hace cambiar de ropa y me da otra”.

Para hallarse en condiciones de distribuir limosnas y multiplicar las fundaciones caritativas, el Cura de Ars había llegado a cambiar por dinero todo lo que poseía.

Una de sus clientes, le hizo un día, bromeando, la siguiente proposición:

—“Si usted vendiera algo, yo podría comprar.”

La proposición, hecha riendo, fue aceptada.

Y desde entonces el padre Vianney llevó a la Providencia, donde se encontraba la señorita Ricotier, todas las cosas viejas de su casa.

Un día —cuenta la compradora— me trajo una cajita y me dijo:

—“Necesito cuarenta sueldos. Aquí tiene una caja de cartón con una flor muy bonita. Los vale, y si no los vale, los pesa.

—¿Qué quiere usted que haga con esto?

—Es que me está esperando un pobre.

Me decidí en seguida”.

—“Otro día me dijo:

—Voy a buscar lo que todavía me queda por vender.

Como ya me había vendido su estufa, en la cual hacía sus comitajos, y la cazuela que utilizaba para hervir las patatas, le respondí:

—¿Y la cesta donde guarda usted el pan de los pobres?

—¡Ah, es verdad!

Y envió por ella a Catalina Lassagne. La cesta no tenía asa ni tapadera, y el fondo estaba roto.

—Por lo menos vale treinta sueldos —dijo, presentándomela.

—¿Qué quiere usted que haga con esto? Está agujereada.

—Yo sé arreglarla.

Se quitó el alzacuello y con él tapó el agujero.

Le dí los treinta sueldos”.

Pero por desgracia, las reservas del cura no eran inagotables. El padre Vianney pronto no tuvo nada que vender. Sin embargo, siempre tenía necesidad de dinero.

—“No puedo vender mi sotana. No es mía.

—Pero, señor cura —le dije riendo—, tiene usted sus dientes.

—¡Ah, sí! ¿Cuánto me daría por ellos?

—Cinco francos por pieza —respondí, pensando que la proposición no sería aceptada.

—¿Cinco francos? —repitió—. Vale la pena.

Y se dispuso a arrancarse los dientes que se le estaban moviendo.

—¡Oh, señor cura, no se los arranque! Le dejo el usufructo. ¿Quiere usted vendérmelos todos?

—¿Me dará cinco francos por cada uno?

—Con mucho gusto.

—¿Me los dará en seguida?

—Sí, señor Cura.

Se puso a contarlos, Eran doce.

—Bien, son sesenta francos. Vaya a buscarlos en

seguida. La espero.

Fui a buscar los sesenta francos y se los di”.

* * *

El Santo Cura de Ars fundó un orfanato para niñas pobres, y se ocupó mucho de ellas. Pero también de los niños.

Visitaba frecuentemente la escuela. Y sus palabras calaban hondo en los niños. Ayudaba a pagar la pensión a los que no podían hacerlo.

Contribuyó, con las continuas limosnas que recibía, a la fundación de muchas escuelas parroquiales.

Alentó y ayudó a una fundación para niños abandonados.

A una madre que había gastado todo en la educación de sus hijos, le aconsejó vendiera la casa para acabar la obra educativa.

Juan María se interesó vivamente porque se dieran misiones en los pueblos, y a este fin contribuyó cuanto pudo.

—“Amo tanto las misiones —decía— que si pudiera vender mi cuerpo por una sola, lo vendería”.

En cierta ocasión, envió dinero para tres misiones; pero tuvo que pedir prestado para completar la última.

“Si nadie me ayuda a restituir (el préstamo) venderé mis trastos; y, si esto no basta, me mandarán a la mazmorra de Tolón”, decía bromeando.

Otras veces vendía objetos que le pertenecían,

para completar las cantidades.

También se ocupó de fundar a perpetuidad gran número de misas, que de tanto sirven a las almas del Purgatorio.

En 1855 había destinado a esta obra cerca de 40.000 francos. Para la iglesia de Ars fundó doscientas ochenta misas al año.

Mucho se ocupó, por otra parte, de los pobres infieles.

En la parroquia tenía cien asociados a la Propaganda de la Fe.

Fundó setenta misas para implorar de María la protección a los misioneros.

Nuestro santo levantó a sus expensas un altar a san Juan Bautista. Debiendo al carpintero 500 francos, el pobre Cura salió de casa a buscar algo.

En el camino se le acerca una mujer desconocida y le dice:

—“¿Es usted el Cura de Ars?

—Pues, sí —contestó.

Entonces la desconocida le entregó seiscientos francos para sus obras.

Sin embargo, salvo en raros casos, acostumbró en lo sucesivo pagar por adelantado.

* * *

Muchos fueron los prodigios que el Señor obró por medio de nuestro santo en favor de aquellos pobres desamparados. Los ha contado con estilo

magistral Catalina Lassagne en las Memorias que escribió sobre el Padre Vianney.

“Un día faltaba harina para hacer el pan. Consultó al señor cura e hizo que su compañera se pusiera a amasar, con la más candorosa simplicidad, lo poquito que quedaba y que ciertamente no alcanzaría para cuatro panes. Mientras ella amasaba, la pasta se iba espesando. Ella añadía agua. Por fin estuvo llena la amasadera, y ella hizo una hornada de diez grandes panes de 20 a 22 libras. Cuando acuden emocionadas las dos mujeres al señor cura, éste se limita a exclamar:

—“El buen Dios es muy bueno. Cuida de sus pobres”.

* * *

Solía repetir con frecuencia:

“¡Qué bella es la caridad!”

Leyendo la vida de nuestro Santo Cura quizá alguien pueda pensar que estaba siempre embebido en su vida mística e inhibido de las cosas materiales.

Nos equivocáramos pensando que es el apóstol de una religión que no tiene en cuenta las realidades temporales.

Este campesino, durante años, ha trabajado la tierra con sus propias manos. Cuando ha sido necesario en la parroquia, se ha ocupado de tareas materiales. En su casa de la Providencia, señala Catalina Lassagne:

—“Se hizo arquitecto y albañil”.

Juan María Chanay observa por su parte:

—“Aunque contaba principalmente con los medios sobrenaturales, no quería que se descuidaran los medio humanos. A menudo decía que no había que tentar a Dios, ni pedirle milagros”.

No dejaba de hablar a sus feligreses de las cosas más humildes. Lo afirma Guillermo Villier:

—“Cuando estaba con nosotros, nos hablaba con complacencia y bondad del estado de nuestra fortuna, de nuestras cosechas”.

Si exhorta a los fieles a mirar al cielo, a no apegar su corazón al dinero, no lo aparta, sin embargo, de las tareas de aquí abajo. Ni siquiera les pide que renuncien a sus modestas comodidades. Conoce las cargas familiares que pesan sobre ellos. Espíritu realista, no quiere hacerlos andar por caminos impracticables.

Lo cierto es que él tenía una óptica toda especial. Vistas desde arriba, las cosas se muestran tal como son. “¡Oh, qué bien se ve, qué bien se ve, cuando se ve por el Espíritu Santo!. No confunde la simple solidaridad humana con la caridad. El pobre, el oprimido, no es solamente a sus ojos un hombre cuya dignidad ha sido ultrajada o cuyos derechos han sido pisoteados. En su rostro lleno de humillación reconoce la paz de Cristo; en él ama a Cristo, y se le oye proclamar:

—“¡Qué bella es la caridad! Es un manantial del corazón de Jesús, todo amor”.

El sabía muy bien que nada podía hacer de más provecho para las almas que con su vida de santidad, su unión amorosa con Dios. Esta, ser santo, será su ocupación preferida.

El Padre Ronard cuenta:

“Su sacerdote auxiliar, le habla un día del mal tiempo, tan poco favorable a las cosechas de la tierra.

—No hay mal tiempo para el justo —respondió—. Todo va bien para él.

Una sola cosa importa: adquirir un puesto entre los justos, acceder a la santidad”.

Una tarde —en 1855— el padre Vianney conversaba familiarmente con dos sacerdotes amigos, así como con los hermanos Atanasio y Jerónimo.

“Estaba muy contento. Bromeaba, como tenía por costumbre, sobre la venta de su carnaval”. Esto facilitó a uno de los sacerdotes la ocasión de hacer esta confesión:

—“Señor cura, yo le tengo al natural en mi habitación. Está pintado al óleo en una tela”.

El hombre de Dios sonrió. ¡Qué vanidad! Lo que para él tenía importancia era de otro orden. Simplemente le preguntó:

—“¿Llegará usted a hacer de mí un santo?”

Qué epitafio tan maravilloso para su tumba las palabras de una de sus penetrantes catequesis que resume todos los anhelos de su vida.

—“Dios mío, cómo me pesa el tiempo con los pecadores! ¿Cuándo estaré con los Santos? Entonces diremos al buen Dios: Dios mío, te veo y te tengo, ya no te escaparás de mí jamás”.

* * *

El santo Cura de Ars vivió una estrechísima pobreza no sólo para mejor imitar a Jesucristo y para una vida de mayor ascesis sino también para ser generoso con los hombres sus hermanos. Así lo recordaba el Papa Juan XXIII al conmemorar el Primer centenario de su muerte:

“Rico para dar a los demás, pero pobre y estricto para sí mismo, vivió completamente desprendido de los bienes de este mundo, y su corazón, verdaderamente libre, acogía con largueza todas las miserias materiales y espirituales que le llegaban.

—“Mi secreto es simplicísimo —decía—: darlo todo y no quedarme con nada”.

Su desprendimiento le hacía atento para con los pobres, sobre todo para los de su parroquia, a los cuales demostraba una extrema delicadeza, tratándolos “con verdadera ternura, con mucha consideración y, debe decirse, con respeto”. Recomendaba a las gentes jamás faltar a la consideración con los pobres, porque tal falta ofendía a Dios; y cuando los pobres llamaban a su puerta, recibéndolos con bondad, les decía alegremente: “Soy pobre como vosotros; soy uno de vosotros”. Al fin de sus días

solía repetir: “Estoy contentísimo: no me queda nada, y el buen Dios puede llamarme cuando quiera”.

De esto podéis comprender, venerables hermanos, con qué afecto exhortamos a nuestros queridos hijos del sacerdocio católico a meditar en tal ejemplo de pobreza y caridad. “La experiencia cotidiana enseña —escribió Pío XI pensando precisamente en el Santo Cura de Ars— que los sacerdotes de vida moderna, que de acuerdo con la doctrina evangélica no buscan de manera alguna su propio interés, contribuyen con beneficios admirables al bien del pueblo cristiano”.



Rosario del Santo

9.—CELO POR LAS ALMAS

Esta fue su obsesión todos los días de su vida.

Por este motivo, especialmente, deseaba ardientemente ser sacerdote.

En el seminario muchas veces sus Superiores hubieron de contener a aquel ardoroso celo que bullía en su corazón.

Ahora, al ordenarse sacerdote podía estar satisfecho.

Podría a sus anchas trabajar en la viña del Señor.

Bien pudo entonces decirle su Padre Rector lo que San Ignacio de Loyola a San Francisco Javier al enviarle a las Indias como nos dice el Divino Impaciente:

“Ahora sí, Javier querido,
que puede en tu corazón
estallar esa ambición
que tanto te he corregido.
Ya no es agua que deshecha
se despeña en el barranco;
ya va a su objeto derecha
lo mismo que va una flecha
sobre los vientos al blanco.
Ni es de temer, hijo mío,
que se pierda ya en baldío
tu loco afán impaciente.
Ya tiene cauce el torrente
para convertirse en río”.

Está en buenas manos y a buen árbol se ha arri-
mado. Buenas primicias sacerdotales para tener
fundadas esperanzas de un fructuoso sacerdocio.

El podía cantar a todo pulmón con el Padre Jo-
sico su bonita canción:

Si te sirvo:

Cada mañana por los caminos
buscando obreros pasa el Señor
para que cuiden de sus viñedos
que son los pueblos que El redimió.
Si te sirvo tómame,
que mi voz lleve tu paz,
que mi vida sea el pregón

de tu amor y mi amistad.
Tú necesitas mis pies y manos,
tú necesitas mi corazón
para llevar tu luz a los hombres
que van a tientas buscando a Dios.
Señor, tú sabes que yo soy débil,
que mi torpeza me impide hablar,
mas tu presencia y tu palabra
serán mi fuerza para cantar.

Tres siglos antes había sido ordenado sacerdote otro joven que también sería un santo y sabio sacerdote y celoso predicador por Andalucía y que sería condecorado como Patrón del clero hispano: San Juan de Avila. Su himno se puede aplicar con toda propiedad a nuestro Santo Cura de Ars aunque él se limite a su aldea y a los millones de peregrinos que a ella acudían:

Tu afán, predicar a Cristo.
Tu amor, la Iglesia y las almas,
de Pablo el fuego divino
prendido va en tu palabra.
Fuiste padre de santos sin par
fuiste de almas seguro mentor.
Los caminos de España (de Francia) al cruzar
de tu ejemplo y tu lengua el clamor,
sacerdotes logró suscitar,
que templados de Cristo al calor,
a las almas hicieron hallar